

Dossier Grecia

Publicamos tres artículos sobre Grecia. El primero, de Michael Krätke, enmarca la situación de este país mediterráneo en el conjunto de la situación económica de la Unión Europea. Alejandro Nadal escribe el segundo y afirma: “[La crisis en Grecia] es la prueba de que la economía mundial permanecerá una larga temporada, quizás más de diez años, sumergida en un letargo profundo”. Finalmente, el tercer artículo es una crónica de Matthew Cookson sobre la huelga general que se realizó en Grecia el 24 de febrero.

La aflicción griega



La Unión Europea es una potencia económica mundial que se comporta como si no lo fuese en absoluto, algo que, más que una necesidad, es un error. Porque la comunidad de estados de la zona euro no puede permitirse abandonar Grecia a los tiburones de los mercados financieros, ni tampoco a España, Portugal, Irlanda o Italia (los llamados países PIIGS). Es igualmente imposible expulsar a uno de estos estados o a todos ellos de la unión monetaria. La UE no puede pues más que defenderlas: está condenada a la solidaridad. Tanto da en qué forma se organice la ayuda financiera para Atenas: cuando llegue, el Tratado de Maastricht estará prácticamente condenado a muerte. Se prohíbe el pésame.

Los países de la zona euro ya no siguen más al margen, en la medida en que han de defender la moneda común contra la especulación internacional. Cuando fue introducido el euro en 1999 se establecieron tres dogmas incontestables, a saber: la política fiscal es ineficaz, la inflación vendrá motivada a través de las reservas monetarias y los mercados, cuando lo permitan, corregirán los desequilibrios de manera automática.

Los gobiernos de todo el mundo han retornado a la política fiscal con la crisis económica que estalló en el 2008. Para ocultar el desplome de los mercados financieros, los han sumergido en dinero barato, aunque la inflación no ha cesado. En consecuencia, tampoco en el tercer año de la crisis hay nada nuevo a reseñar. Refutar los dogmas no es por descontado aún una respuesta a la pregunta de cómo debería ser en el futuro la zona euro y, en general, la Unión Europea. ¿Seguirá moviéndose al compás de los mercados financieros que le están agradeciendo tan a su manera el haberlos rescatado de la crisis financiera mundial que ellos

mismos han causado? ¿Quieren los europeos ser algo más que un mercado de bienes y capitales con más libertad de movimientos para los ciudadanos europeos?

¿Quién quiere el superestado europeo?

En términos económicos, la Unión Europea es el espacio geográfico más fuertemente integrado del mundo. Más del 60% de las exportaciones alemanas terminan en países europeos vecinos, cuya dependencia del comercio exterior del de la propia Unión Europea apenas se puede diferenciar. A pesar de ello, los países de la zona euro se comportan como si pudiesen seguir desarrollando una política económica, financiera y social exclusivamente nacional. Una ilusión, un dogma, véase como se quiera. No es necesario sacar del armario al fantasma de un superestado europeo para poder concebir un federalismo a escala europea que siguiese el modelo de los EE.UU.

En ningún caso puede la Unión Europea seguir haciendo como si no fuese más que un conglomerado de economías nacionales. Todos los indicios apuntan a que, si se lograra evacuar el nacionalismo de las cabezas de sus países miembros, la Unión de los 27 sería vista como lo que ya es. Es por ello que, en primer lugar, se necesita una reordenación de las finanzas de la Unión Europea. También se necesita un mayor presupuesto europeo y un Banco Central Europeo (BCE) que no esté cortado por el patrón del Bundesbank alemán. Se trata de conseguir un instituto de la política económica europea en vez de esconderse tras dogmas monetaristas. Existen las condiciones para la creación de una Oficina europea única de supervisión financiera y para una legislación única para bancos y bolsas. La *City* de Londres, por supuesto, se quejará y gritará. El miedo a una regulación europea es en última instancia la razón para que una convaleciente libra esterlina deje de merodear ante las puertas del museo de la historia de la moneda. Y existen, por encima de todo, las condiciones para el fin de la locura de las competencias en materia de impuestos a las que cada país –también la rica República federal alemana– se ve arrojada, un idilio impositivo cuyo fin es cortejar la gracia de los grandes financieros internacionales.

¿Quién salva al estado?

En el discurso de la clase política alemana prevalece la idea de mantener al contribuyente lejos del peligro. Que de ese modo debió percatarse de la política que, con miles de millones de dinero procedentes de los impuestos, ha salvado banco tras banco – y con ello también a sus entidades hermanas en el extranjero. La tragedia griega termina de un modo u otro en el contribuyente alemán. En esta ocasión no son sino los bancos alemanes quienes se encuentran en el filo del despeñadero, por lo que aseguradoras como Allianz han puesto sumas considerables en préstamos gubernamentales a los países PIIGS, que pierden rápidamente su valor. Mientras tanto, se beneficiaron espléndidamente de todo ello las altas finanzas internacionales, a la cabeza de las cuales los bancos de inversión de Wall Street y la *City* de Londres, a costa de la miseria financiera de unos cuantos miembros de la UE (sólo Goldman Sachs, al menos 300 millones de dólares).

Se debería intervenir tenaz y duraderamente en los “asuntos internos” de los estados de la UE. De ahí la sensación de una unión económica que capitula ante la lógica de la unión monetaria. En el futuro próximo deberemos enfrentarnos al en cierto modo peculiar sistema de pensiones griego, por no hablar del italiano. Habremos de preguntarnos si cada uno de nuestros socios europeos puede permitirse el lujo de formar sus ejércitos nacionales con latinoamericanos. La proliferación de pequeños estados en la gran Europa aparece también como contratiempo y como obstáculo a estos planes. La política común de préstamos del BCE pertenece a la unión monetaria, incluso como política común europea, de la que debería tener cuidado la Comisión europea. Y a día de hoy faltan ambas.

El problema es, sin embargo, no sólo la acumulación de deuda de los estados miembros –los EE.UU. y el Reino Unido tienen cuotas de déficit más altas (alrededor del 13%) que Grecia, Portugal o Italia–, sino una creciente desigualdad económica entre ellos. No debería tolerarse la existencia de hogares pobres, tampoco en Alemania, país que se permite tener la capital de Europa con una mayor población viviendo en la pobreza. Para enfrentarse a estas desigualdades se hará necesaria una igualación de las finanzas europeas, también en una

reducción de la autoridad impositiva de los estados nacionales.

Recién acabamos de descubrir al estado como salvador del capitalismo en dificultades. Se habló de un renacimiento del estado: una deliciosa exageración, pues el estado nunca había desaparecido. Ahora, unos pocos meses después, flota en el aire la pregunta: ¿quién salvará al estado de su particular crisis financiera? Los bancos no harán nada, y los mercados financieros van a la caza de la oportunidad del siglo para desplumar a los estados más ricos del mundo. Los estados sólo pueden salvarse por sí mismos o ser salvados por otros estados. La zona euro ofrece como ningún otro lugar las condiciones para ello. Y de no ser así entonces deberían forjarlas y constituir la Unión Europea como una comunidad que se ha liberado del yugo financiero e ideológico de los mercados financieros.

Michael R. Krätke, miembro del Consejo Editorial de [SINPERMISO](http://www.sinpermiso.info), es profesor de política económica y derecho fiscal en la Universidad de Ámsterdam, investigador asociado al Instituto Internacional de Historia Social de esa misma ciudad y catedrático de economía política y director del Instituto de Estudios Superiores de la Universidad de Lancaster en el Reino Unido.

Traducción para www.sinpermiso.info: Ángel Ferrero

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una [DONACIÓN](#) o haciendo una [SUSCRIPCIÓN](#) a la [REVISTA SEMESTRAL](#) impresa

Freitag, 17 febrero 2010

La tragedia griega



La crisis en Grecia no es una simple emergencia pasajera. Es la prueba de que la economía mundial permanecerá una larga temporada, quizás más de diez años, sumergida en un letargo profundo. Lleva en sus entrañas el anuncio de eventos nefastos. En comparación con el terremoto griego, la caída de Lehman Brothers en 2008 podría parecer juego de niños. No cabe duda, la idea de que ya entramos en una fase de recuperación es brutalmente desmentida con el colapso de la economía griega.

Es ahora bien sabido que para ingresar a la eurozona en 2001, el gobierno griego ocultó la magnitud real del déficit público y de endeudamiento, para cumplir con los requisitos del Tratado de Maastricht (déficit fiscal y endeudamiento inferiores a 3 y 60 por ciento del PIB, respectivamente). En 2004 la Eurostat descubrió los trucos contables y ese año el déficit fue recalculado, pasando de 1.7 a 4.6 por ciento. En 2009 ese déficit alcanzó 12.7 por ciento del PIB. Por su parte, Goldman Sachs y el gigante en bancarrota AIG ayudaron a disfrazar el monto de la deuda a través de operaciones poco transparentes en los mercados de derivados.

Cuando ingresó a la esfera del euro, Grecia lo hizo con un tipo de cambio sobrevaluado, lo que otorgó a los consumidores una ilusión de prosperidad y el acceso a bienes y servicios que antes estaban fuera de su alcance. El deterioro de las cuentas externas griegas no tardó, y hoy el déficit comercial alcanza 12.8 por ciento del PIB.

Además, con las menores tasas de interés, tanto el sector privado como el gobierno aumentaron sus niveles de endeudamiento. La deuda externa de Grecia asciende hoy a 260 mil millones de euros (mmde) y los vencimientos a corto plazo constituyen una seria amenaza: 30 mmde en abril y marzo (64 mmde a lo largo del año). El país no tiene con qué enfrentar esos vencimientos y la amenaza de una moratoria es real. Las consecuencias para Europa serían graves.

La crisis mundial tomó a Grecia en una mala coyuntura. Su balanza de pagos muestra gran debilidad y sus finanzas públicas están enfermas.

Normalmente, un país en esas condiciones podría recurrir a una devaluación. Pero por pertenecer a la esfera del euro, Atenas no controla su política cambiaria. Tanto Grecia como la Unión Europea enfrentan un peligroso dilema: una salida griega de la eurozona conlleva graves

daños para el euro, pero permanecer en ella aplicando un programa de austeridad implica una recesión prolongada y difícil para Grecia.

Los líderes de la Unión Europea han insistido en que no dejarán caer la economía griega, pero hay muchas reticencias. En Holanda se ha votado una ley que prohíbe usar recursos fiscales holandeses en un eventual rescate de los griegos. En Alemania el sentimiento es parecido. De cualquier manera, si se logra armar un paquete de salvamento para Atenas, lo más seguro es que vendrá acompañado de terribles condiciones de austeridad. Cualquiera que recuerde los paquetes de austeridad procíclicos impuestos por el FMI en las últimas décadas sabe muy bien lo que eso significa.

Se podría pensar que si se mantiene el déficit constante, el crecimiento de la economía griega podría llevar a cumplir la meta macroeconómica de su reducción. Pero en el contexto de una recesión mundial eso no sucederá. Parece que el sacrificio que exigirá la UE para acudir al rescate será descomunal: recortes fiscales a todo tipo de prestaciones y en el gasto social, además de una avalancha de aumentos de impuestos. Esas medidas de austeridad profundizarán la recesión y reducirán todavía más la recaudación fiscal, alargando la duración de la emergencia. En todo este proceso, el servicio de la deuda pasará por una colosal desviación de recursos de la economía real a la esfera financiera.

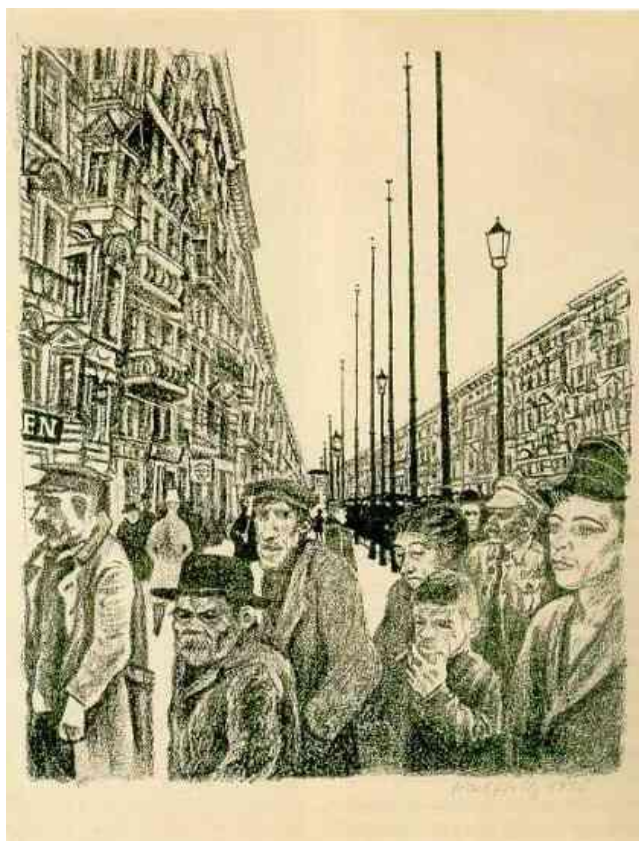
Paradójicamente, los embustes de los gobiernos griegos podrían apuntar hacia una puerta de salida: el recorte del gasto militar. En 1991 cuando las autoridades griegas mintieron sobre la magnitud del déficit público, parte del engaño versó precisamente sobre la adquisición de costosísimos aviones militares. En 2005 el gasto militar en ese país alcanzó 4.3 por ciento del PIB (datos de SIPRI). Es evidente que eso debería ser el primer filón para un programa de saneamiento de las finanzas públicas. De hecho, el monto preciso del gasto militar podría ser mayor. De cualquier forma, aun el recorte en el gasto militar no es suficiente para evitar el brutal ajuste que se impondrá sobre el pueblo griego.

Como en una tragedia clásica, Grecia tiene frente a sí opciones que oscilan entre lo terrible y lo desastroso. Si acepta un rescate condicional, se sacrificará en el altar de la austeridad y sufrirá una larga y brutal recesión. Si declara la moratoria, quedará aislada y los efectos sobre los bancos de la Unión Europea serán desastrosos. El exilio podría ser otra opción: Grecia podría abandonar el euro, lo que repercutiría negativamente sobre la credibilidad de la unión monetaria y sobre la economía mundial. En el género de la tragedia todos los caminos conducen a la desgracia.

Alejandro Nadal es miembro del Consejo Editorial de [SinPermiso](http://www.sinpermiso.info).

La Jornada, 24 febrero 2010

La huelga general paraliza Grecia



Las aceras generalmente bulliciosas del centro de Atenas están casi desiertas hoy [por el 24 de febrero].

Más de dos millones de personas hicieron huelga en Grecia, de una población activa total de cinco millones. La huelga general de 24 horas une a los trabajadores del sector público y privado contra las medidas de austeridad del Gobierno.

Todos los vuelos domésticos y exteriores del país han sido cancelados, y las escuelas, oficinas municipales y ministerios están cerradas. Pocos autobuses o trenes están circulando, y los que lo están haciendo han sido en su mayoría autorizados por los huelguistas para permitir a los trabajadores unirse a las protestas.

Más de 30.000 personas participaron en dos manifestaciones separadas. Rompieron la inusual tranquilidad del centro de Atenas con aireados cantos mientras desfilaban hacia el parlamento. Los trabajadores están irascibles con el gobierno de centro izquierda del Pasok que ganó las elecciones generales el pasado año después de prometer que no congelaría los salarios. Los manifestantes gritaron: “¡No más sacrificios! ¡Que la crisis la paguen los ricos!”.

Yiannis Anastakis, que trabaja en el Estadio Olímpico, me dijo que “antes de las elecciones el gobierno dijo cosas completamente diferentes. Ahora quiere recortar los salarios, cuando ya son muy bajos. Mucha gente lleva a casa alrededor de 700 euros al mes. La gente que tiene dinero en Grecia no paga impuestos. Pero el gobierno no quiere sacar dinero a los ricos, en cambio quiere sacar más de los que están mal pagados.”

Los trabajadores postales y de telecomunicaciones, maquinistas, gente desempleada,

trabajadores del sector eléctrico, estudiantes, trabajadores del ayuntamiento, entre otros, se manifestaron juntos. Un gran grupo de inmigrantes africanos y bangladesíes se unieron a la protesta, pidiendo derechos de ciudadanía y el fin del acoso policial.

La policía lanzó gases lacrimógenos y golpeó a los manifestantes alrededor de la plaza Sintagma, cerca de los edificios del parlamento. Un grupo de manifestantes arrojó pintura roja a los escuadrones policiales. El ataque policial dividió en dos a la manifestación, pero los manifestantes desafiaron a la policía y la marcha continuó.

Los trabajadores de los sectores público y privado golpearon juntos contra la pretensión del gobierno de realizar recortes masivos que afectarán severamente al nivel de vida de los trabajadores. El déficit público griego actual alcanza el 12'7% del PIB. El gobierno quiere reducirlo al 2'8%.

Bien pronto por la mañana me uní a un piquete de trabajadores y estudiantes en las oficinas de la compañía metalúrgica Metika en Atenas. Panos, del sindicato de ingenieros, dijo que "el gobierno asegura que está contra la crisis, pero en realidad está atacando los derechos de los trabajadores. Estamos también aquí porque Metika ha despedido a tres trabajadores, activos en el sindicato, en la fábrica de Volos."

Las pancartas puestas en las puertas de la compañía decían: "Alto al programa de estabilidad, prohibición de los despidos" y "Ningún sacrificio por sus beneficios".

Yiannis dijo: "La Unión Europea se queja de que Grecia tiene una muy buena vida en comparación con otros países. Esto es completamente falso. Muchos de nosotros tenemos que hacer dos trabajos para sobrevivir. Mire a la gente aquí. Dígame si son todos ricos."

La huelga general no es el fin de la lucha en Grecia. Diferentes grupos están diseñando sus propias huelgas, mientras que hay planes para más jornadas nacionales de acción en el futuro inmediato.

Matthew Cookson escribe habitualmente en el *Socialist Worker* del Reino Unido y realizó esta crónica desde Atenas

Traducción para www.sinpermiso.info: Daniel Raventós

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa

www.socialistworker.co.uk, 25 febrero 2010